

TRÍPTICO PARA EL AMIGO MUERTO

Hay territorios poblados y territorios despoblados, hay ciudades habitadas y hay ciudades deshabitadas; hay casas encendidas y hay casas apagadas. No bastan la mera estancia y existencia en un lugar para poblarlo de vida, habitarlo de paz y encenderlo de luz. ¿Qué hace de una ciudad algo más que un campamento, algo más que un asentamiento de gentes venidas de lejos o nacidas de cerca? ¿Qué ha hecho de Salamanca para mí una morada vital en cuya luz veo, en cuyo aire respiro y en cuyo horizonte comprendo la realidad? La presencia, la luz, la palabra, el trabajo de unos pocos hombres y mujeres libres para ser e ilusionados para trabajar conscientes de una misión encargada y decididos a llevarla gozosos hasta el final con todas sus consecuencias de gozo, de dolor o de gloria.

Éstos son los hombres que hacen de Salamanca infinitamente más que una montaña arqueológica, un museo del Renacimiento, o un pueblo del oeste castellano. Ellos son la luz, y la fuerza, que a uno le otorgan compañía y confianza para proseguir en silencio la propia tarea. En las duras y sostenidas horas de trabajo sobre la mesa, cuando se le cierran a uno los caminos de la palabra, de la idea o del proyecto hasta el punto de cejar en el empeño, el pensar que a esa misma hora hay una docena de personas amigas, fieles en la dureza del quehacer intelectual, libres para realizar la profesión elegida, más allá de percances políticos o de situaciones administrativas, le sostiene a uno en la tentación hasta superarla. Desistir sería una traición también a esos colegas, con cuya luz y amistad uno vive.

José Luis era uno de esos hombres con cuya presencia profesional, trabajo personal y amistad cercana yo contaba. Todo ello en la sobriedad del trato ya que no nos vimos mucho. Nos bastaba sabernos existentes, cada uno en el lugar propio asignado por Dios y asumido por uno mismo gozosamente. Su presencia me fue una gracia, su ausencia la asumo como una exigencia de mayor verdad en la común vocación universitaria. En su memoria y agradecimiento describo tres trazos de su vida significativos para mí.

1. EL MAESTRO DE PUEBLO

La primera condición para existir en la verdad de la vida y realizar una existencia en dignidad es conocer, reconocer y consentir al origen. Lo que está en él

no es sólo inicio cronológico sino principio constituyente. El origen lleva consigo elementos que hay que retener y elementos que hay que superar desde el atenuamiento a lo que nos funda y desde el ensanchamiento hasta aquello que nos está destinado o nos es posible. A esa conquista no nos lanzan ni la envidia que emponzoña ni el resentimiento que calcina, sino la emulación que sigue las huellas de los mejores y la voluntad de perfección que es un imperativo divino. «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto».

José Luis empezó desde abajo, siendo maestro de pueblo en Extremadura. Con realismo y sin romanticismo, la escuela rural hasta ayer mismo era el mejor crisol para una vocación educativa, porque ella podía concentrarse en lo mínimo o extenderse a lo máximo: desde el catón a la pintura, desde los quebrados a las excursiones, desde la geografía obligada a la comedia navideña. José Luis era muy aficionado al teatro. Dar a los niños la palabra, encargarles un papel, otorgarles protagonismo es hacerlos personas. ¡Que de ahí viene la palabra: ponerse una máscara y un traje para dar voz y presencia a un personaje!

Sumptum est nomen personae a personando, eo quod in tragoediis et comoediis recitatores sibi ponebant quamdam larvam ad repraesentandum illum cuius gesta narrabant decantando¹ (Santo Tomás, *In I Sent. D.23*, q.1. a.1).

Quien así ha sido maestro no dejará nunca de serlo. José Luis permaneció tal en los demás lugares de su trayectoria profesional.

2. PROFESOR DE UNIVERSIDAD

Yo no voy a hablar del profesional de Didáctica, sino de la persona que había detrás de él, intentando la acción en perseverancia hasta el final. Él pertenece a esa generación de hombres que realizaron su misión fieles a las exigencias de la obra bien hecha, teniendo que superar la enfermedad, la cárcel, el exilio o la marginación. Débiles pero enhiestos, desviviéndose más allá de la angustia diaria para pensar en los demás. Cervantes no hubiera sido el autor del Quijote sin el cautiverio de Argel, San Juan de la Cruz no hubiera escrito el *Cántico Espiritual* sin la cárcel de Toledo, Dostoyevski no nos hubiera dejado sus textos inmortales sin el destierro en Siberia. Con razón escribió E. Mounier: «Il manque à un homme de n'avoir pas connu la maladie, le malheur ou la prison»² (*Mounier et sa génération, Lettres, carnets et inédits*. Paris 1956: 321). La enfermedad ha sido para muchos hombres el horizonte donde han cocido el mejor pan que han ofrecido a los demás forjado en el dolor y dorado al fuego. No olvidaré nunca la figura de José Luis avanzando

¹ El nombre de persona está tomado de «personar» (hacer un personaje, representar) porque en las tragedias y en las comedias los que recitaban se ponían una máscara para representar a aquel cuyas gestas narraban cantando.

² Algo le falta a un hombre que no ha conocido la enfermedad, la desgracia o la prisión.

contenido, despacio, encontrándonos ante la iglesia de Santo Tomás de Canterbury, él camino de la facultad de Pedagogía, y yo camino de la facultad de Teología.

Hay un rasgo de su persona como profesor, que quiero dejar aquí descrito para hacer justicia a él y salvar mi propia conciencia. Nos tocó vivir de cerca una de esas tragedias que, a veces, se cierne sobre algún estudiante, en especial sobre los que llegan de otros continentes. El rostro anónimo de la administración, los cambios de reglamentos y de personas, generan injusticias sangrantes. La justicia formal no llega y el articulado jurídico no siente el dolor de las heridas. José Luis, en clara conciencia de los hechos, asumió responsabilidades, inició gestiones y con generosidad personal llegó hasta el extremo. Él marchó hacia la vida eterna y yo me marché de España: ambos con el dolor del problema no resuelto. Queden aquí su silencio y mi palabra reclamando justicia y esperando respuesta.

3. HOMBRE DE FE

Hay tiempos de calmas y tiempos de tempestades. A nuestra generación, a la de José Luis, más joven, y a la mía, le ha tocado llevar a cabo tránsitos y transiciones, trasterramientos e inserciones, que para muchos han significado la pérdida de sentido y de verdad de muchas convicciones y actitudes anteriores. Hemos tenido que pasar de la fe heredada, y de la tradición recibida, a una fe personalizada y a una tradición constituida por nosotros mismos desde el ensanchamiento a la entera historia anterior, desde el realismo de las nuevas situaciones sociales y, sobre todo, desde la interioridad cultivada, en aquella soledad, silencio y oración que son la condición necesaria para el encuentro lúcido con uno mismo, para el reconocimiento del prójimo en gratuidad, para el encuentro con Dios, en el doble sentido del término encuentro: nuestro descubrimiento de su realidad (sentido activo) y su llamada, palabra y misión para nosotros (sentido pasivo).

La fe de cada hombre es un misterio que sólo Dios conoce. Los demás no podemos ni discernirla en sus profundidades ni enjuiciarla. En este sentido José Luis mantuvo la coherencia, con la dignidad y sobriedad que reclaman tanto una conciencia crítica como una fe personalizada. En tiempos de trivializaciones, resentimientos, absolutizaciones o represiones, esa actitud suya merece un reconocimiento agradecido. Como amigo y como sacerdote presento acta y pido constancia. La última vez que nos vimos fue justamente en el homenaje que en mayo me hicieron mis primeros alumnos junto con algunos amigos. En el acto académico y eucaristía allí estuvo él y allí nos dimos el último abrazo. Con lágrimas contemplo aquellas fotografías, de las que me dice su esposa que fueron las penúltimas.

FINAL

La existencia de un hombre bueno en un sentido lo percibimos como una evidencia: ¿no sería lo normal que todos lo fuéramos? En otro, en cambio, nos aparece como un milagro y como una gracia, de los que nos percatamos justamente cuando nos es arrebatado. Cuando hemos conocido a un hombre bueno, justo, misericorde, santo, ya nunca podremos negar la posibilidad de la bondad, de la justicia, de la misericordia y de la santidad; ni podremos engañarnos a nosotros mismos, remitiéndonos a la injusticia y vulgaridad generalizadas. José Luis fue uno de aquellos hombres. De él vale lo que dice Kant del justo:

Su ejemplo me presenta una ley que desmonta mi presunción, si comparo esa ley con mi método de proceder y mediante los hechos veo demostrada su observancia y por tanto la posibilidad de seguirla (*Crítica de la razón práctica*).

Yo, hoy, desde la lejanía local a Salamanca, pero desde la cercanía personal, recojo este legado de José Luis como gracia y a la vez como exigencia.

Olegario González de Cardedal
Roma, noviembre de 2005